

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 776 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 20 DE JULIO DE 1907

NUM. 26



MARIA O LA NIÑA DESOBEDIENTE



amá—decía una niña,—¿cómo es que no podemos ver á nuestro ángel, ni oírle hablar?

—No podemos verle, María, aquí en la tierra, pero lo veremos en el cielo, ¿y estás segura de que nunca lo has oído hablar?

—Segurísima, mamá, ¡tengo más ganas de oírle! Si me hablase y me dijese que fuera buena, le obedecería.

—¿No te acuerdas que ayer tarde te di una costura, diciéndote que no fueras al jardín hasta que la hubieses concluído?

María bajó la cabeza y se puso



Gente Menuda

encarnada, pero era una niña que no mentía nunca; así es que contestó:

—Sí, mamá, me acuerdo.

—En cuanto salí del cuarto, miraste al jardín, brillaba el sol, los pajarrillos cantaban, y tú preferiste ir al jardín que coser...

—Sí, mamá, es verdad, pero no estaba tan contenta como otras veces; así es que volví al cuarto y cogí la costura; ya te lo conté en cuanto volviste.

—¿Y por qué no estabas contenta como de diario, María?

—Porque sabía que estaba haciendo una cosa mala; algo me lo decía que me hizo volver á mi labor.

—¿No adivinas quién era ese *algo*?

—No, mamá.

—Pues tu ángel de la Guarda que te hablaba; no puedes oír su voz como oyes la mía, pero puedes oírla en tu corazón; siempre te está hablando. Si vas á ser mala, te lo avisa; así es que cuando vayas á ser desobediente ó á enfadarte, escucha lo que tu ángel te diga.

María vivía con sus padres en una casa con un gran jardín; sus padres eran muy ricos y la querían mucho. María era buena, pero tenía un defecto: desobedecía á menudo. Un día su madre estaba arreglando varios tarros de confitura. María la ayudaba, había sido muy juiciosa toda la mañana y no había tocado á nada. En esto llegó un criado y avisó á la madre de la niña que en la cocina esperaba una pobre mujer que quería hablarla.

—María—dijo su mamá, antes de salir del cuarto,—no toques á nada de esto, ¿oyes?

—No, mamá—contestó la niña que no quitaba ojo á un tarro de cristal, en el cual se veían unas frutas muy encarnadas.

Durante unos momentos siguió jugando, luego se fué acercando al tarro y empezó á olerlo; si María hubiese escuchado la voz de su ángel, no habría tocado á nada, pero no la escu-

chó y se metió en la boca varios pedazos de aquellas frutas. De repente empezó á gritar como una loca; el padre, la madre, todos los criados llegaron de prisa sin saber qué le pasaba, y vieron á María chillando y con las manos en la boca. Se había comido una fruta de la India muy picante y se abrasó la boca. Su mamá la consoló y la lavó con agua fresca la quemadura, pero después la regañó, diciéndola que si hubiese hecho caso de su ángel, no hubiera desobedecido ni se hubiera lastimado.

María comprendió que había hecho mal y prometió enmendarse.

Pasaron unas semanas y todo fué bien, pero llegó el día de su cumpleaños, cumplía seis años.

—Ahora, mamá, seré muy buena, ya tengo seis años y no quiero desobedecer más.

Su madre le había dado un traje muy mono, bordado por ella misma; su padre le regaló una muñeca tan grande como ella: lloraba, abría y cerraba los ojos, con una carita blanca y encarnada, cabello rubio y unos vestidos muy bonitos; tenía de todo, trajes, sombreros, abrigos y hasta guantes, y María está medio loca de contenta.

—¿Puedo ir al jardín con la muñeca?—preguntó á su ama.

—Sí—dijo ésta,—pero no te acerques á los bancos que acaban de pintar, te pegarías.

—Bueno—dijo la niña, y corrió al jardín.

Estuvo jugando un rato, y luego se acercó á los bancos.

—¡Cuánto me gustaría sentarme en uno de estos bancos!—pensó, y dicho y hecho: se sentó tan satisfecha en uno de los bancos recién pintados. Después de un rato, quiso levantarse, pero no pudo; empezó á llamar toda asustada, y por fin vino el ama y la despegó, pero su traje tan bonito, que tanto trabajo le había costado á su mamá, se quedó estropeado; en castigo la

hicieron llevar el traje sucio todo el día.

María se arrepintió de nuevo; parecía que no volvería á desobedecer, pero aún le faltaba sufrir una terrible lección.

El jardín de su casa estaba al lado de un gran bosque, en el cual se perdía uno con mucha facilidad, y á María le tenían prohibido terminantemente el ir hacia el bosque. Si iba alguna vez, y muy á la entrada, era con su ama, pero ésta tuvo que irse al pueblo á ver á su madre, que estaba enferma.

Una mañana muy hermosa, mientras María estaba con su mamá, llegaron unas visitas, y la madre de la niña salió



del cuarto. María echó una ojeada al jardín, ¡qué hermoso estaba!, y sin pensar más escapó corriendo; al llegar vió una mariposa muy bonita, la más bonita que había visto en su vida; sus alas eran encarnadas y de oro. María quiso cogerla, no pudo, la mariposa echó á volar, María tras ella, y así anduvieron un gran rato; la mariposa se metió en el bosque, y María, olvidándose de lo que le habían prohibi-

do, no se acordó sino de la mariposa que quería coger, pero la mariposa voló muy lejos y la perdió de vista; entonces la pobre niña se paró y miró en dónde estaba; no lo sabía, por todas partes había árboles; por más que corría no conseguía salir del bosque.

—Mamá...—gritaba la niña asustada,—estoy perdida, ¿qué voy á hacer?

No podía ni ver el azul del cielo; se echó en la hierba y lloró largo tiempo.

—¡Si no hubiera sido desobediente...!—repetía... Lloró tanto que se durmió, pero aún en sus sueños lloraba y gritaba.

Aun cuando había sido tan mala, su ángel no la abandonó; echó sus alas sobre la niña para tapanla mientras dormía. Era ya tarde cuando María despertó; al verse sola empezó á gritar, luego se acordó que tenía á su ángel al lado, y le suplicó que la llevase á su casa.

—Llévame, ángel mío... llévame con mamá...

Se encontraba cansada y débil, hacía muchas horas que no comía y había corrido mucho. ¡Cómo se arrepentía de su falta! Si hubiese sido buena y obediente, en lugar de haberse perdido en el bosque, estaría en su casa con su mamá.

—Si vuelvo á ver mi casita—decía la niña—nunca, nunca volveré á ser desobediente.

De pronto, su carita se puso blanca, sus ojos se cerraban, no veía nada...

—Querido ángel—suspiraba—me estoy muriendo, ten compasión de mí, ayúdame.

Mientras la niña estaba sola y desmayada en el bosque, ¿qué había sido de su madre?

Cuando se marcharon los que estaban de visita, se fué al cuarto de María, pero no la encontró; pensó que estaría en el jardín, y se puso á escribir unas cartas en su cuarto.

MARÍA DE ECHARRI

Concluirá





LOS GRANDES INVENTOS

LOS ANTEOJOS

Desde tiempos muy remotos buscó el hombre medios de aumentar el alcance de su vista por medio de aparatos. Los astrónomos antiguos, según cuenta Aristóteles, usaban unos largos tubos hechos de madera, que reproducían el efecto de un pozo, desde cuyo fondo se ven las estrellas en medio del día.

En 1538 y en 1589 se consignó en obras de física la propiedad de las lentes convexas y cóncavas de aumentar el tamaño de los objetos; pero en realidad no se conocía un aparato óptico que fuera un antejo de aproximación.

En el año 1606, un óptico de Middelburgo (Holanda), llamado Juan Lippershey, pidió á los Estados Generales un privilegio por treinta años para la construcción de un instrumento destinado á ver los objetos distantes. Una comisión especial estudió el invento de Lippershey, y propuso modificaciones en él á fin de que se pudiera mirar con los dos ojos.

Dos años más tarde construyó otro el sabio holandés Jacobo Metius, y el gran Galileo también llegó á construir un antejo como el de Holanda, del que sólo tenía conocimiento por lo que de él había oído contar.

Aquí repetiremos la pregunta obligada de los descubrimientos: ¿Cómo fué? Y contaremos como tantas veces: Por casualidad. Se cuenta que en el taller del óptico de Middelburgo andaban sus hijos enredando con los lentes, y cogiendo uno cóncavo y otro convexo, los fueron poniendo uno frente á otro, acercándolos ó distanciándolos, cuando se sorprendieron de lo cerca que se veían los objetos mirando por ellos. Una de las cosas que más les regocijaron fué mirar el gallo de la veleta de la iglesia muy cerca de ellos.

Lippershey, á quien las risas de sus hijos llamaron la atención, se fijó en lo que hacían, y poniendo los lentes en una tablita y luego en las dos extremidades de un tubo ennegrecido interiormente, quedó construido el primer antejo de aproximación.

Con este nombre se designan: 1.º, el antejo astronómico; 2.º, el terrestre, y 3.º, el de teatro.

La teoría de los antejos se funda en el principio físico llamado de la *refracción de la luz*. Un haz luminoso puede considerarse formado por la reunión de muchas líneas luminosas paralelas entre sí, á las que se da el nombre de rayos luminosos.

En una substancia transparente de constitución uniforme, como, por ejemplo, una capa de

aire, la luz se mueve en línea recta, pero un rayo de luz que pasa oblicuamente de un medio cualquiera, el aire, por ejemplo, á otro que no tiene la misma intensidad, no sigue su camino en línea recta, sino que se quiebra, lo que equivale á decir que se refracta.

En este principio se funda la construcción de las lentes.

Este es el instrumento de óptica más sencillo, y consiste en un trozo de cristal limitado por dos superficies curvas; ya convexas las dos, ya cóncavas, ya una de cada clase, que se llaman respectivamente: *biconvexas*, *bicóncavas* ó *cavo-conve...*

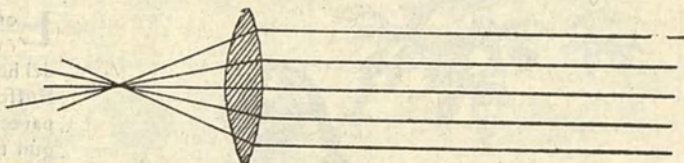


FIG. 1.^a

Cuando se coloca en la dirección de los rayos solares una lente biconvexa, los rayos que llegan á la superficie y la atraviesan se refractan dos veces, al entrar en el cristal y al salir, se inclinan unos hacia otros, y se reúnen al lado opuesto de la lente formando un cono, cuyo vértice se llama foro principal de la lente (fig. 1.^a). Si se coloca un objeto luminoso ó iluminado, A B (fig. 2.^a), más allá del foco de una lente biconvexa, los rayos procedentes de A convergerán en a, y los procedentes de B en b, siendo a

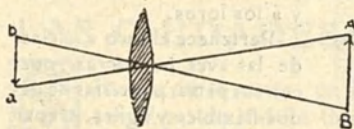


FIG. 2.^a

y b los focos de todos los rayos luminosos que proceden de los puntos A y B, y lo mismo sucederá con todos los rayos de los diferentes puntos del objeto.

Esta imagen, obtenida á través de la lente, puede recibirse sobre una pantalla blanca ó ser vista por el ojo humano, y se llama imagen *real*.

La imagen *virtual*, que no puede recibirse en la pantalla, la percibe el ojo colocado al lado opuesto del lente en la prolongación de los rayos luminosos.

Si colocamos un objeto luminoso ó iluminado entre el foco de la lente y la lente, como los rayos de luz que de aquel emanan se refractan al atravesarla, no se forma en el ojo del observador una imagen real del objeto n z, sino una aumentada N Z (fig. 3.^a).

El anteojo astronómico se compone de dos lentes biconvexas, colocadas en las dos extremidades de un tubo metálico, formado de dos partes que entran una en otra, á fin de poder alargar ó acortar la distancia entre ambas lentes.

El más cercano al ojo, llamado *ocular*, es más pequeño que el otro, que se denomina *objetivo*.

La figura 4.^a representa un anteojo astronómico montado sobre un armazón de madera movable y con un tornillo giratorio que se mueve á mano para darle la elevación conveniente para la exploración del cielo.

A él va unido otro anteojo más pequeño, llamado *explorador*, que por abarcar un espacio más limitado, permite hallar más pronto el lugar que ocupa el astro que se desea examinar. La imagen se presenta invertida.

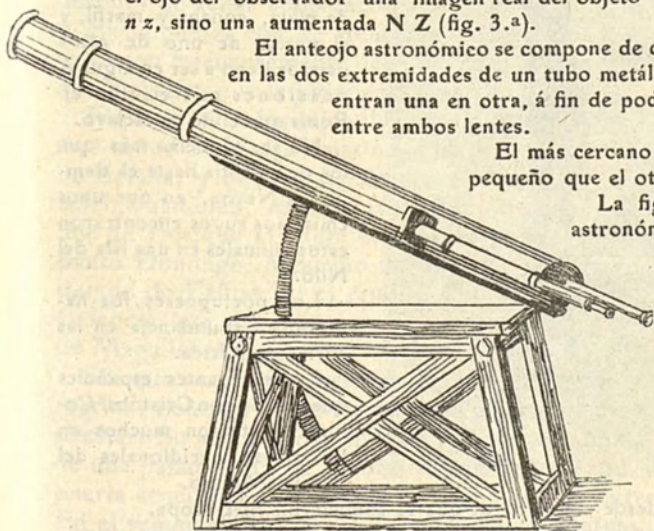


Fig. 4.^a

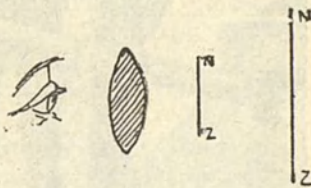


FIG. 3.^a

EL LORO

Los animales que más han excitado la admiración del hombre, dice el conde de Buffon, son los que le ha parecido que participaban algún tanto de su naturaleza. Siempre que ha visto á alguno de éstos remedar ciertas acciones humanas ha quedado absorto y embelesado. Esta admiración se ha dirigido principalmente á los monos y á los loros.

Pertenece el loro á la clase de las aves *trepadoras*, pues con sus patas, provistas de dedos flexibles y ágiles, trepan perfectamente por troncos y ramas en todos sentidos.

Los griegos no conocieron al principio más que una especie de loros, procedentes de la India. La belleza de su plumaje de colores, y sobre todo, su disposición para imitar la palabra humana, hicieron de estas aves un objeto de lujo entre los romanos, y el severo Catón llegó á censurarles este exceso, pues alojaban á los loros en jaulas de plata, concha y marfil, y el precio de uno de estos pájaros llegó á ser en algunas ocasiones más elevado en Roma que el de un esclavo.

No se conocían más que los de la India hasta el tiempo de Nerón, en que unos emisarios suyos encontraron estos animales en una isla del Nilo.

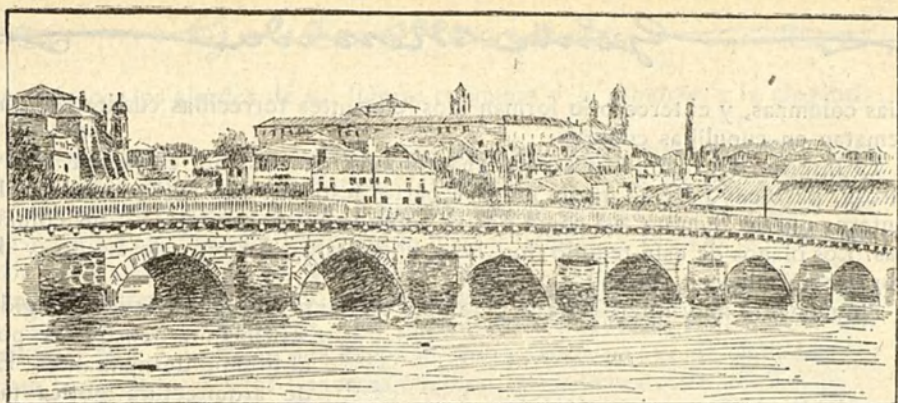
Los portugueses los hallaron en abundancia en las costas de Africa.

Los navegantes españoles que fueron con Cristóbal Colón encontraron muchos en las playas meridionales del Nuevo Mundo.



Estos y los de Africa fueron desde entonces los que se conocieron en Europa.

El tipo del loro se subdivide en muchas variedades distintas, que se distinguen principalmente por el tamaño y por el color de su plumaje.



VISTA GENERAL

LAS CIUDADES ESPAÑOLAS. PONTEVEDRA

Situada en la costa, en un hermoso valle que surca el río Jerez, está Pontevedra, capital de una de las provincias más pintorescas de España.

Atribuye la fábula la fundación de esta ciudad á Teucro, que la puso por nombre Helenes, y seguramente es muy antigua, pues figura en el itinerario romano en el camino de Braga á Astorga, por la costa, con el nombre de Duo-Pontes.

Concedióronle en la Edad Media los Reyes muchos privilegios, y merced á ellos prosperó en ella la industria de la pesca y sus derivados. Uno de ellos, muy notable por cierto, es el de Fernando III el *Santo*, que autorizaba á los marinos de Pontevedra para importar libremente todas las mercaderías, y vender con franquicia en los navíos la quinta parte de ellas.

Cuando la guerra entre Castilla y Portugal, en 1307, fué sitiada Pontevedra, y resistió valerosamente el cerco. En 1478 las tropas del arzobispo de Santiago atacaron al conde de Camiña, que defendía la ciudad, y lograron tomarla después de tenaz resistencia.

En la guerra con los franceses escogieronla éstos como punto estratégico, y se vieron frecuentemente acometidos por los campesinos de los alrededores, que luchaban por la independencia.

Figuran entre los hijos ilustres de Pontevedra: Payo Gómez Charriño, primer señor de Riajuo, marino, que fué con el almirante Bonifaz á la conquista de Sevilla, y que fué sepultado en el convento de San Francisco; el almirante, célebre también, Alfonso Jofre Tenorio; Payo Gómez de Sotomayor, embajador de Enrique III ante el gran Tamorlán de Persia, cuyo sepulcro está en Santo Domingo; Mouriño de Pazos, presidente del Consejo de Castilla en tiempo de Felipe II; el erudito Fr. Martín Sarmiento; Pedro Sarmiento de Gamboa, que con Bartolomé y Gonzalo de Nadal, fué explorador del Estrecho de Magallanes, y otros.

Sin que pueda afirmarse que es un monumento notable el templo de la Peregrina, tiene un conjunto de buen aspecto y de proporciones hábilmente dispuestas. Su atrio, al que se sube por una escalinata de seis gradas, está rodeado de una balaustrada de piedra; el primer cuerpo de la fachada contiene una puerta sencilla y un ventanal con frontispicio entre dos pilastras empotradas. En el segundo, tres hornacinas contienen estatuas de santos separadas por me-

Genese Merceda

dias columnas, y el tercero lo forman dos elegantes torrecillas cuadradas que rematan en cupulillas cónicas.

El interior del templo presenta una rotonda de bastante elevación, rica y airosa, pero cuyo efecto queda en gran parte destruído por lo estrecho de la linterna que le ilumina, así como por la pobreza de los capiteles de sus columnas. Los planos de este templo los hizo el maestro Antonio de Louto y la obra se terminó en 1792.

Monumento muy interesante es el templo de Santa María la Mayor, erigido



IGLESIA DE LA PEREGRINA

á principios del siglo xvi por el gremio de mareantes. Es de arquitectura gótica tan notable por su elegancia en las proporciones, como por la delicadeza y buen gusto de sus adornos. La fachada es de gran riqueza. Fórmanla tres cuerpos, dos salientes y uno entrante, limitados por dos elegantes contrafuertes que se elevan hasta cerca de la cornisa. Sobre la puerta central, de medio punto, está la representación del Tránsito de la Virgen, bellísima composición primorosamente esculpida. Dos hornacinas pequeñas contienen las estatuas de San Marcos y San Lucas, y más arriba se abre un magnífico rosetón que ilumina la iglesia, al pie del cual, y en actitud de orar, está la efigie del apóstol Santo Tomás. Sobre el rosetón está la imagen de la Virgen, rodeada de ángeles.

Remata el cuerpo central en un nicho en que está representada la Santísima Trinidad, y termina la portada una faja de delicada crestería interrumpida por una cruz con la Virgen y San Juan á los lados. Los cuerpos laterales contienen estatuas de santos.

Interesantes también en alto grado son las ruinas del convento de Santo Domingo, la obra maestra que del estilo ojival se construyó en Pontevedra.

Es lastimoso que se encuentre en este estado, pues en lugar de acudir á restaurar lo que amenazaba derrumbarse, con el pretexto del trazado de una calle se demolió gran parte de la iglesia, y hoy sólo quedan las paredes de las tres capillas absidales, en las que se abren las largas y estrechas ventanas, propias del estilo ojival.

Por estos restos puede apreciarse la filigrana de los detalles, la delicadeza



Gente menuda

de los calados, los alardes de sus ligeras columnas y la esbeltez y la elegancia del conjunto.

Dos frailes dominicos del convento de Santiago de Compostela, fray Juan de Abeancos y fray Pedro de Aurea, fueron enviados á Pontevedra, y acogidos por el vecindario favorablemente, lograron con su eficaz concurso fundar este Monasterio en 1283. Las obras duraron mucho tiempo, y en 1421 se trabajaba todavía en la construcción de Santo Domingo.

También merece mención el antiguo convento de San Francisco, edificado sobre un solar y torre fortaleza, que perteneció al duque de Sotomayor. Por su solidez y por la posición que ocupa ha sido considerado como ciudadela, y en él se hicieron fuertes los franceses en 1809, y los liberales en 1823.

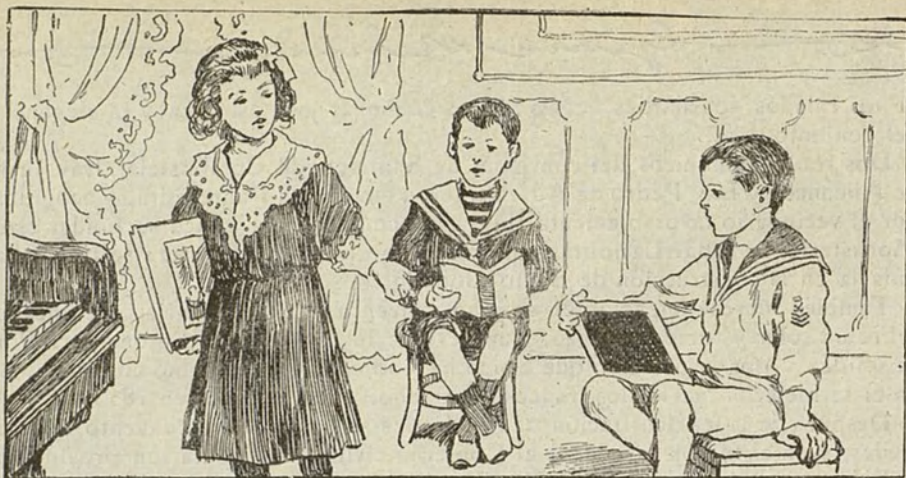
Después de la exlaustración de los frailes se destinó este convento á usos civiles, y en él fueron instalados el Gobierno civil y la Diputación provincial.

El convento de monjas de Santa Clara dicese que fué una antigua balía de los caballeros de la Orden del Temple, destinada á proteger los peregrinos, y que después de la extinción de los Templarios pasó á formar un beaterio, que por el siglo xiv se convirtió en convento de Clarisas.



RUINAS DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO

Sobre el río Jerez, de muy pintorescas márgenes, tiene Pontevedra un hermoso puente de doce arcos. En un escudo figura un puente de cuatro ojos con tres torres: dos al lado izquierdo y una al derecho y una cruz en el centro. Fué corte de algunos reyes suevos y godos.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

CHARADA REPRESENTABLE

CUADRO PRIMERO

Figura la escena la sala de una casa. LA NIÑA PRIMERA entra con un método debajo del brazo y se dirige al piano. EL NIÑO PRIMERO, con un libro, se coloca al lado del balcón. EL NIÑO TERCERO, con su pizarra, se sienta en una banqueta.

NIÑO PRIMERO.—Pues señor, me vengo á la sala porque con los cánticos de las criadas es imposible estudiar en mi cuarto.

NIÑA PRIMERA.—¡Tengo un miedo! ¡Como no me he examinado nunca!

NIÑO PRIMERO.—¿Son mañana los exámenes en el Conservatorio?

NIÑA PRIMERA.—Mañana; ¡y tengo un miedo!

NIÑO PRIMERO.—Bueno; ya me lo has dicho dos veces, Yo también le tengo y me aguanto. Quisiera yo verte en mi lugar, teniendo que examinarte de Historia Natural. No he visto nada que sea menos natural que la Historia Natural. ¿Qué dirás que es una mariposa?

NIÑA PRIMERA.—Pues una mariposa.

NIÑO PRIMERO.—Eso sería lo natural; pero en Historia Natural es... un lepidóptero.

NIÑA PRIMERA.—¿Qué cosa tan rara!

NIÑO PRIMERO.—¿Qué dirás que es un malacopterigio?

NIÑA PRIMERA.—Pues... un bicho muy raro.

NIÑO PRIMERO.—Pues ahí tienes, es un pez.

NIÑO SEGUNDO.—Si no os calláis, no puedo estudiar. Me estáis equivocando.

NIÑA PRIMERA.—Tiene razón. A callar todo el mundo y á estudiar.

NIÑO PRIMERO.—¡Eso!

NIÑO SEGUNDO.—¡Eso!

NIÑA PRIMERA.—(Al piano.) *La, mi, la, si, do, si, la, si, mi.*

NIÑO PRIMERO.—Colopteros, lepidópteros, hemípteros, dípteros.

NIÑO SEGUNDO.—De 8 á 5 no puede ser; de 8 á 16... (cuenta por los dedos) 8, y llevo 1, y 5, 6, á 9...

NIÑA PRIMERA.—¡Yo no puedo solfear oyéndote esos bicharracos!

NIÑO PRIMERO.—Ni yo con tus músicas.

NIÑO SEGUNDO.—Ni yo con vuestras voces.

Entra la niña segunda con su catecismo y cantando con el tonillo de las escuelas:

Todo fiel cristiano
está muy obligado...

NIÑO PRIMERO.—No faltabas más que tú.

TODOS.—(Los unos á los otros.) ¡Callarse!
¡Callarse!

La mamá se asoma á la puerta y pregunta muy alarmada:

¿Qué algazara es ésta? ¿Qué ocurre?

NIÑO PRIMERO.—Nada, mamá, que estamos estudiando.

La mamá se adelanta y dice al público:

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA

CUADRO II

Varias personas visitan el Museo de Historia Natural.

NIÑA PRIMERA.—Mira, Pepito, qué animal más feo.



Gente menuda

PEPITO.—Es el hipopótamo ó caballo de río.
NIÑA PRIMERA.—¡Huy, qué raros son en el río los caballos!

NIÑO PRIMERO.—¡Ay qué mono tan grande! Parece un hombre.

PEPITO.—Es el orangután.

NIÑA PRIMERA.—¡Cuánto más monos son los pequeños!

PEPITO.—Como que se llaman monos.

NIÑO SEGUNDO.—¡Pepe, Pepe, Pepe!

PEPE.—¿Qué te pasa?

NIÑO SEGUNDO.—Mira éste. Este sí que es chiquitín y mono.

PEPITO.—*Al público:*

CUARTA REPETIDA

CUADRO III

La escena se supone en la cocina de una casa de campo.

NIÑO SEGUNDO.—¿Dónde está papá?

NIÑA PRIMERA.—Está con mamá viendo las habitaciones de arriba. Qué cocina tan hermosa, ¿verdad?

PEPITO.—A mí no me llaman la atención en las cocinas.

NIÑA PRIMERA.—A mí sí. Mira, tiene su orno, como las de Madrid, y depósito para agua caliente y...

NIÑO SEGUNDO.—¿Y qué es esta cuba tan grande?

NIÑA PRIMERA.—Ahí es donde lavan la ropa.

NIÑO SEGUNDO.—¿Tiene agua?

PEPITO.—Sí, hombre, sí que la tiene.

NIÑO PRIMERO.—No alcanzo á verla.

NIÑA PRIMERA.—No te empines; á ver si caes dentro.

NIÑO SEGUNDO.—Yo quiero ver el agua.

PEPITO.—*(Cogiéndole en brazos.)* ¡Ay qué mata de niño! Yo te asomaré. ¿La ves? *(Al inclinar la cabeza para mirar, se le cae el sombrero al agua.)*

NIÑO SEGUNDO.—¡Ay mi sombrero!

NIÑA PRIMERA.—Buena la hemos hecho

PEPITO.—*(Saca el sombrero chorreando y lo sacude.)* ¡Bah! Lo pondremos á secar al sol.

NIÑO SEGUNDO.—*Al público:*

CUARTA QUINTA

CUADRO IV

La escena representa una calle. Varias máscaras rodean á una muchacha.

LAS MASCARAS.—¡No me conoces! ¡No me conoces!

LA MUCHACHA.—¡Mira qué gracia! Como que lleváis las caras tapadas.

UNA MÁSCARA.—Yo sí que te conozco.

LA MUCHACHA.—No tiene nada de particular.

LA MÁSCARA.—¿Y Paquito?

LA MUCHACHA.—Ya sé quién eres.

LA MÁSCARA.—¿Quién soy?

LA MUCHACHA.—Pues Paquito.

LA MÁSCARA.—*(Se va corriendo y gritando.)* ¡No, no! ¡No me conoces!

(Se oyen las panderetas y los instrumentos de una comparsa.)

LA MUCHACHA.—Llevan el lazo amarillo; son los de San Carlos.

La comparsa atraviesa la escena; los postulantes piden á los balcones y á los transeuntes, y uno de los estudiantes dice al público:

SEGUNDA QUINTA

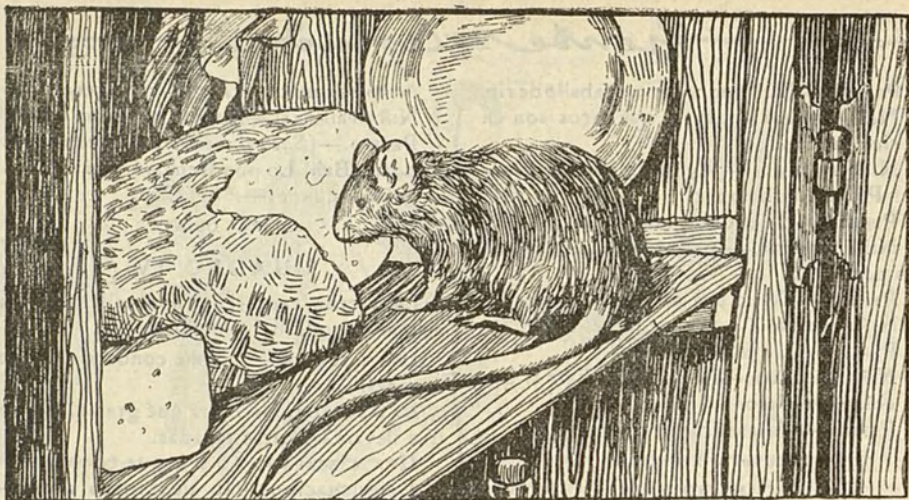
CUADRO FINAL

Después de una pequeña pausa la comparsa formada vuelve á atravesar la escena tocando un pasacalle. Luego giran dando frente al público, y le saludan. Uno de los pandereteros se adelanta y dice:

EL TODO

‘La solución, en el número próximo.)’





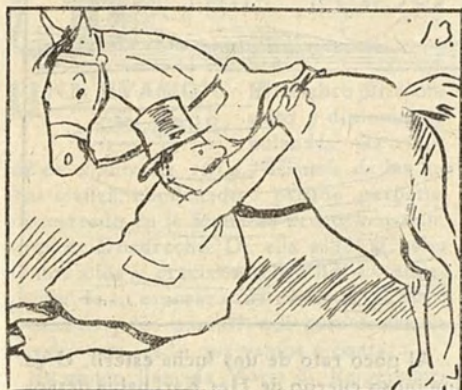
EL RATON MARRULLERO

Del diablo dicen que sabe,
más que por diablo por viejo,
y esto mismo le ocurría
á este ratón de mi cuento.
Como los ratones jóvenes
le miraban con respeto
dábanle de sus comidas
parte para su alimento.
Una tarde andaba solo
y encontró un armario abierto,
y entre las mil baratijas
que encontró por allí dentro
vió en una tabla olvidado
un apetitoso queso.
—¡Caracoles!—dijo el pícaro,—
si aquellos se enteran de esto
y vienen, como son tantos
se lo comen al momento,
y para mi dentadura,
que está en un estado pésimo,
este queso tan blandito
es un regalo estupendo.
Y fué y dijo á los ratones
con el tono más sincero:
—Hijos míos: yo os doy gracias
por el muchísimo tiempo
que, dolidos de mis males,
me estáis todos socorriendo.
No quiero seros gravoso,
y he pensado y he resuelto
retirarme. Sed felices
vosotros que podéis serlo,
y dejadme en mi retiro,
consagrándome un recuerdo.
Trataron de disuadirle,
pero no lo consiguieron,
y el viejo se fué á su armario,

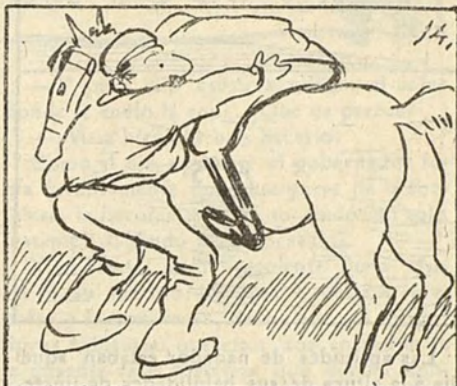
dejando asombrado al pueblo.
¡Qué abnegación! ¡Qué nobleza
tan grande de sentimientos!
Los ratones á sus hijos
le mostraron como ejemplo.
En tanto, el viejo en su armario
echó sus cuentas, y viendo
que el queso le duraría
un mes poco más ó menos,
se relamía de gusto
y se puso tan contento.
Una tarde sintió pasos,
y tuvo un susto tremendo.
Llegó una moza al armario,
recogió algunos objetos
y cerró y echó la llave
y el ratón se quedó dentro.
—¡Mejor!—dijo el egoísta,—
así no me verán esos;
pero el tiempo fué pasando
y el queso disminuyendo,
y el ratón se vió en peligro
de quedarse sin sustento
Un ratón chiquirritito
hizo un pequeño agujero
en el armario, por donde
miraba comer al viejo.
—¡Buen provechito—le dijo
y el otro vino corriendo
al agujero, rogándole
que lo ensanchara royendo,
pues salir necesitaba
y lo encontraba pequeño.
—¡Hipócrita! Nos dejaste
para comer solo el queso:
¡anda y sálvate tú solo.
y si no quédate dentro!

UN GRAN «SPORTSMAN»

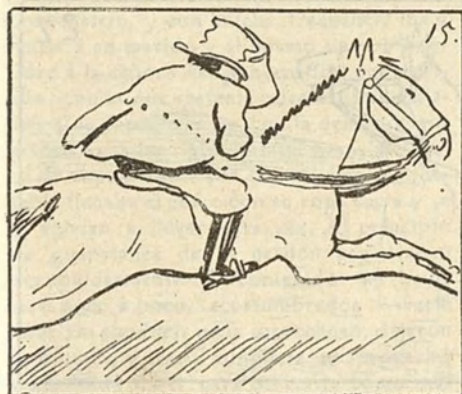
CONTINUACION



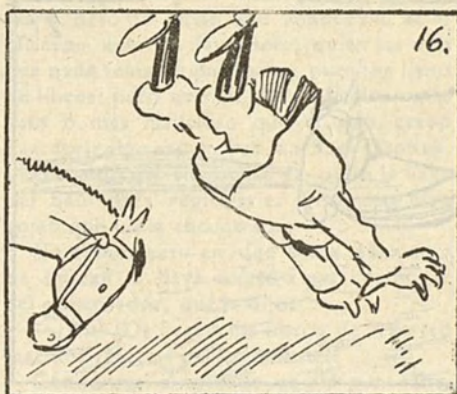
Con relativa agilidad, se levantó Her Karl del suelo y trató de volver a montar.



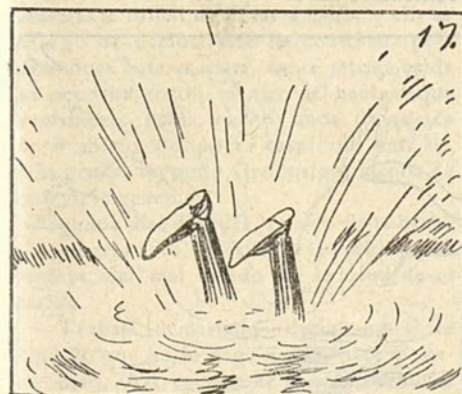
Gracias á esta enérgica decisión y al mozo del merendero, consiguió verse á caballo.



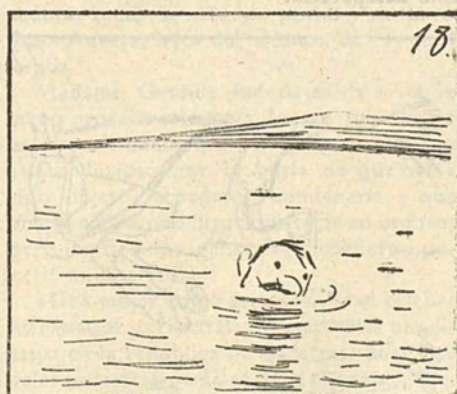
Raff sintió en sus ijares varios espolazos á cual más desagradables, y salió galopando.



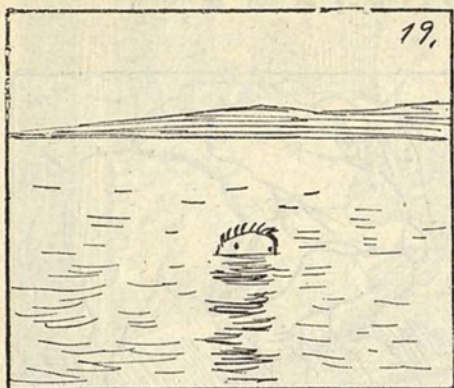
¿Cómo fué? Nunca pudo explicárselo Her Karl, pero cuando menos lo esperaba, ¡zas!



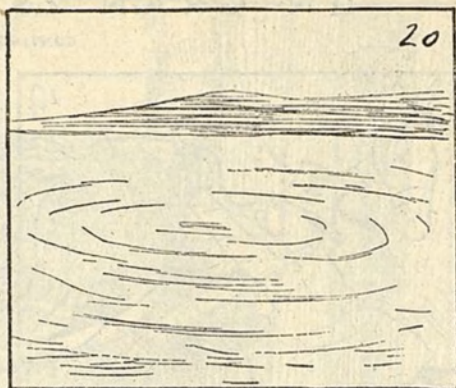
El gran sportsman salió por las orejas y fué á caer en las cristalinas ondas de un caudaloso río



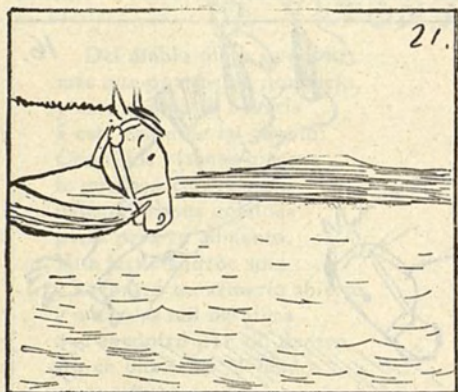
Todo lo que al caballero le agradaba la cerveza, le fastidiaba el agua, por lo que trató de salir nadando.



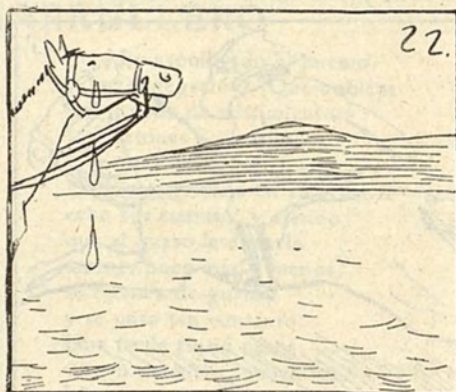
Las aptitudes de nadador estaban aquel día á la altura de sus habilidades de jinete, y lejos de salir se hundía.



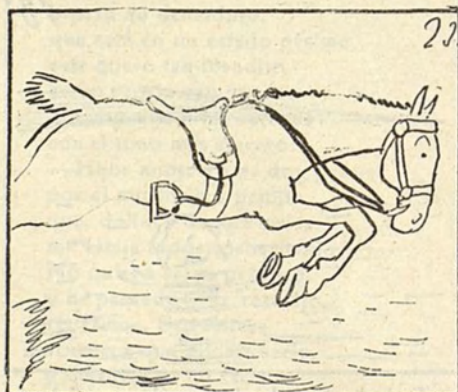
Al poco rato de una lucha estéril, el voluminoso cuerpo de Her Karl había desaparecido completamente.



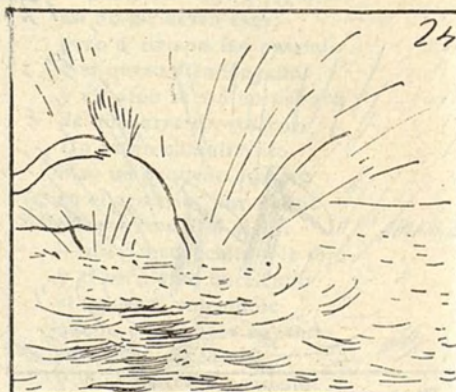
Raff, su noble corcel, que se había detenido en la orilla, vió con asombro cómo su amo desaparecía.



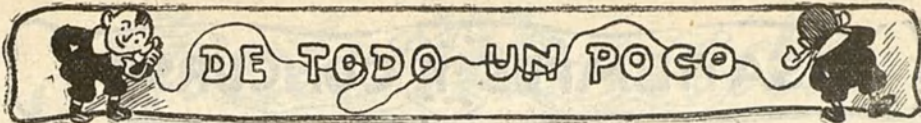
El noble bruto no podía permanecer indiferente ante esta desgracia, y sin poder contenerse lloró.



Pero como las lágrimas, por abundantes que fueran, nada podían conseguir en aquellos críticos momentos, saltó



Y allá fué, á las ondas del río, donde su amo y señor se había sumergido, diciendo: Lo que sea de uno será de otro.



UNA EVASION CÉLEBRE

El célebre jurisculto y diplomático holandés Grotius fué en el año de 1619, después de las luchas civiles, condenado á prisión perpetua y encerrado en la fortaleza de Læwenstein, cerca de Dordrecht. De ella salió al cabo de dos años y gracias á la habilidad y abnegación de su esposa; y de cómo se verificó la evasión y los medios que para realizarla se valió ésta, es lo que vamos á contar.

Su mujer, llamada María di Reigersbergen, inmediatamente después de la detención de su marido fué á instalarse en Gorcum, ciudad vecina de la fortaleza de Læwenstein, y con mucha frecuencia iba á visitar á su marido y al mismo tiempo á saludar á la señora del gobernador de la prisión, con la que sostenía relaciones de amistad. Con frecuencia, y con la debida regularidad enviaba á Grotius un gran baúl lleno de ropa blanca, con la cual éste se quedaba, llenaba el cofre con su ropa sucia y se lo volvían á llevar otra vez. Al principio los guardianes de la prisión registraban escrupulosamente el contenido del baúl; pero poco á poco, acostumbrados á verle pasar sin conducir nada sospechoso, dejaron de hacerlo, y de su conducta se aprovechó la intrépida mujer para utilizarle como medio de evasión de su esposo.

Sometió primeramente su proyecto á su marido, al cual le pareció, si no imposible, sumamente difícil de llevar á cabo, y ella se encargó de demostrarle lo contrario presentándose ante su vista, en la misma celda que ocupaba, metida dentro del baúl, al que previamente había hecho unos boquetes con el objeto de poder respirar. Ante tamaña prueba no pudo Grotius por menos de confesarse vencido.

Algunos días después, en una visita hecha á la gobernadora, la señora Grotius se lamentaba del mal estado de la salud de su marido.

—Trabaja demasiado—decía,—y si le aconsejo que no lo haga no me hace el menor caso. Así es que he pensado cambiar sus libros de ciencia por otros más divertidos, y que en vez de cansarle le distraigan...

—Es una idea excelente—añadió la mujer del gobernador

—Y para ello quisiera utilizar el cofre donde le envío la ropa. ¿Qué os parece?

—¡Muy bien! Debéis hacerlo.

Como al día siguiente el gobernador tenía forzosamente que ausentarse de la fortaleza, la heroica señora no dudó un solo instante. ¿Cuándo mejor ocasión?

Y en efecto, al día siguiente fué á visitar á su marido, le ayudó á meterse en el cofre y le hizo sacar fuera por sus portadores habituales que eran dos soldados de la guardia de la fortaleza que debían conducirle hasta el coche que en la puetta esperaba.

Los soldados, al darse cuenta del excesivo peso del fardo que conducían, se le hicieron notar á la señora, quien les dijo que nada tenía de particular, pues iba lleno de libros; pero uno de los soldados, más listo ó más malicioso que el otro, creyó descubrir algo anormal en la señora Grotius, y entrando en sospechas la pidió la llave del baúl para registrarle. Pero ésta hizo como que no la encontraba.

En el momento en que hacía ademanes de buscar la llave acertó á pasar la mujer del gobernador, que la dijo:

—¡Ah! ¿Os lleváis los libros de vuestro marido? ¡Hacéis perfectamente!

Con lo cual el soldado se dió por satisfecho y no volvió á insistir sobre el asunto.

Grotius fué conducido con toda felicidad á Gorcum, donde, abandonando su caja salvadora, tomó la silla de postas y no paró hasta Anvers, lejos del alcance de sus enemigos.

Madame Grotius fué detenida y se le incoó proceso criminal. Jueces puestos de parte y alentados por el gobernador, que estaba furioso por la burla de que había sido objeto, acordaron condenarla y que ocupase el mismo lugar que tenía su esposo; pero los Estados generales decidieron ponerla en libertad.

«Una mujer como ésta, escribe el célebre historiador y crítico Bayle, merecería una estatua en la república de las letras: pues á su valerosa estratagema se debe el conocimiento de las admirables obras de Grotius, que de otro modo no hubiesen sido conocidas de no haber salido de la fortaleza de Læwenstein.»

PASATIEMPOS Y CONCURSOS

CHARADAS

- 1.^a Un pronombre la *primera*;
posesivo la *segunda*,
y la *tercera* es acción
de un verbo, sin duda alguna.
Tan *todo* fuiste aquel día,
que aún su recuerdo me abruma
pues por *prima* no tendremos
ya la bendición del cura.
- 2.^a A una *tercia-dos-tercera*,
en la calle de la *todo*
atóla codo con codo
el guardia *tercia-primera*
- 3.^a Si no *tercia-primadós*
vete al *todo* y déjalos.
- 4.^a *Todo*, que es *prima-dos-cuatro*,
tres-primera á *una-dos-tres*;
pidióle á *primera-primera*
su *prima-cuarta*, y, claro es,
le contestó que volviera
para pensarlo de modo
que no se ofendiera *todo*
ni la *prima-dos-tercera*.
- 5.^a *Prima-tercera-segunda*
letra de nuestro alfabeto,
y es tela *prima-dos-tres*
que en los comercios no encuentro.
- 6.^a —¡Por vida de Pitágoras
y de la hipotenusa!
¡Qué *cuarta-tercia-dos*!
¡Este *todo* me apura!
Esto decía un día
de la semana última
mi amigo y compañero
cuarta-primasegunda.

PROBLEMA

Entre tres amigos desean comprar un caballo. El primero tenía la tercera parte de su coste; el segundo la cuarta, y el tercero la quinta.

¿Cuánto vale el caballo y cuánto tenía cada uno, sabiendo que junto el capital de todos les faltaban 975 reales para poder hacer la compra?

PREGUNTAS GEOGRAFICAS

- 1.^a Una población de España
se compone de ocho letras;
de ellas las *cinco* vocales.
¿Cuál será? Lector, contesta.
- 2.^a ¿Y cuál es la población
de tres sílabas cabales,
cuyas tres sílabas son
tres notitas musicales?

ADIVINANZA POPULAR

Tamaño como una hogaza
y va contigo á la plaza.

JUEGO DE LETRAS

Búsqense cinco letras, y según se combinen resultará: 1.º, objeto de adorno; 2.º, árbol; 3.º, verbo, y 4.º, enfermedad.

FRASE HECHA

—¿Cuántas personas sois en casa?
—Pues mira, aunque *la patrona* dice que su casa no es de huéspedes, allí vivimos: un militar retirado, un cesante, un corista, dos comisionistas, tres estudiantes, un médico, la criada y yo. Sumamos, pues, en casa *once* personas.

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO ANTERIOR

A la pregunta: Aurelio y Eulalio.

A la charada: Monosílabo.

Al metagrama: CARA: Lara, para, rara, Sara, tara, vara.

Al intrínquis: CESAREO: Cesare.— César.—Cesa,—Ces,—Ce.—C.

A la combinación geográfica:

La combinación geográfica es de fácil solución:

ORANGE es el río de Africa
GERONA la población.

A la adivinanza popular: Los oios.